
C U A D E R N O S
D E L A
D I Á S P O R A

Nº 23

MAYO-NOVIEMBRE 2011

EDITA ASOCIACIÓN MARCEL LÉGAUT

Cuadernos de la Diáspora

Nº 23. Mayo-Noviembre 2011

Revista semestral de la Asociación Marcel Légaut.

El precio del ejemplar sencillo es de 10 €

La suscripción anual (dos números sencillos o uno doble) es 20 €

La Asociación acepta sugerencias de colaboración y cuotas de apoyo superiores a la suscripción, para poder difundir más la revista y las obras de Légaut.

Redacción y Administración:

Mario Águeda, Fernando Cuervo-Arango y Domingo Melero

C/ Canal de Isabel II, 9-1º-C

E - 28700 - San Sebastián de los Reyes (Madrid)

Tel.: +34 916 638 504

E-Mail: magueda@tinet.org; dmelero@tinet.org

fcuervoarango@telefonica.net

Traducción, preparación de los textos y parte gráfica:

Ricard Fernández Aguilá, José Manuel Mauri, Domingo Melero,
Marta Ribas, Juan Antonio Ruescas, Federico Sánchez Peral

Imágenes: – pág. 6, Miguel Ángel, Capilla Sixtina, *Jeremías*
(detalle). – pág. 88, Donatello, *Francisco*

Impresión: I. Reynés
Vía Lusitana, 62
28025 Madrid

ISSN: 1135-2256.

ISBN: 84-923330-4-8.

D.L: V-2026-1995



S U M A R I O



PRESENTACIÓN p. 9

TEXTOS DE MARCEL LÉGAUT

«Jesús es *de* Dios» p. 25

Encuentro con M. L. en el Mas de Roubiac p. 27

Marcel Légaut y Jacques Perret, dos maestros,
«hogar» de una intensa espiritualidad
Étienne BORNE p. 65

El Intelectual en la Iglesia
Jacques PERRET p. 69

La «restauración», período de prueba
para la Iglesia p. 81

OTROS TEXTOS

«Empuñar el báculo de luz de albedrío». Apuntes
y textos sobre el término «espíritu» en la obra de
Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO,
José Antonio RUESCAS JUÁREZ p. 89

El primer momento tras esta vida en la poesía de
Marius TORRES,
Ricard FERNÁNDEZ AGUILÁ p. 129

SUMA DE POQUEDADES

Viaje de lo religioso a lo espiritual p. 153
Fico SÁNCHEZ PERAL

«Religión católica» o «cristianismo»
José Manuel MAURI p. 173

VIAJE DE LO RELIGIOSO A LO ESPIRITUAL

Fico Sánchez Peral

Lo que voy a contar a continuación es el relato de mi supervivencia física y espiritual; la de un cristiano de a pie, sin formación filosófica ni teológica que, durante cerca de dieciocho años, ha pasado, a trancas y barrancas, por diversas enfermedades graves que lo han llevado a las puertas de la muerte una y otra vez. A lo largo de esta etapa, he constatado lo insuficiente del cristianismo que me habían transmitido, incluso cuanto más intensa y “fielmente” lo vivía, y, además, que, pese a todo, persistía dentro de mí una necesidad de búsqueda, unida a la certeza de un *ignotum* que no sabía expresar sino de forma tradicional.

Hasta que, por fin, el esfuerzo de años por profundizar en lo que yo llamaba «mi intuición de Dios» (ya fuera buscando respuesta en algunos análisis críticos de la doctrina, ya fuera volcando esa misma búsqueda en mi pasión por el mar) confluyó, por fortuna, con el gusto por la divulgación de un amigo, pues así fue como descubrí, finalmente, el pensamiento de Légaut. En sus libros estoy aprendiendo a pensar, a conocer y a nombrar de otra manera esta intuición mía de Dios que siempre me ha acompañado.

Como digo, en cuanto a mi supervivencia espiritual, aparte de mi familia y de mis amigos, han sido ayudas fundamentales, por un lado, tratar de hacer míos, en los últimos tres años, el pensamiento y el vocabulario de Légaut, tan ricos y matizados como nuevos y al mismo tiempo familiares, y por otro lado, el mar.

Mi pasión por el mar, sin ser yo muy consciente de ello, ha sido para mí la válvula de escape del ansia de imposible que bullía siempre en mi interior. Me producen la misma inexplicable sensación de

estar acariciando lo imposible tanto la navegación apacible, en contacto con el mar y el viento, como galopar en solitario sobre un mar embravecido, a lomos de algo tan inseguro como un veterano vele-rito de escasos siete metros, en inestable equilibrio de cables, cabos y velas, y en loca carrera. En ambos casos, me veo tras un imposible que vuelve siempre a escapárseme, en cada anochecer. La pasión por el mar ha sido la forma física de verme, tanto en la enfermedad como ante la muerte, harto probable, siempre en busca de la conexión espiritual que intuía pero que no lograba hallar por los medios religiosos tradicionales.

Antes de que surgiesen mis males

Una parte al menos de mi relato debería ser la crónica de un largo y penoso tiempo de desconcierto hasta llegar a desentrañar la causa principal del fracaso de mi experiencia religiosa. La razón de este desconcierto radicaba en el hecho de haber sido más “fiel” a la religiosidad que a la llamada de esa «intuición de Dios» que alentaba en mi interior y que reconocía en el evangelio.

Para comprender mejor tan contradictorio proceso, daré algunas de mis señas de identidad. Nací en 1947 y tengo, por tanto, sesenta y cuatro años. Fui el quinto de nueve hermanos, con dos chicos y dos chicas por arriba y otros tantos por abajo, lo cual curte lo suyo: ni mayor ni pequeño, resultaba tan invisible para los halagos y las caricias, como inoportunamente visible para toda bofetada perdida que no encontrara a mano mejor destinatario. Ello a cambio –eso sí– de gozar de una libertad como clandestina, propia de la invisibilidad que otros de mis hermanos, más visibles por ser más mayores o más pequeños, no tuvieron.

En cuanto a mi formación religiosa, fui el fruto típico del nacionalcatolicismo de la época, y, como era de familia militar, asumí disciplinadamente, desde niño, la religiosidad que cabe suponer. Sin embargo, de adulto, acabé finalmente por descubrir y admitir que la religiosidad tradicional no me decía nada. No me decía nada, o así

me parecía, primero, por las contradicciones y anacronismos cada vez más evidentes que descubría en ella cuando, por congruencia personal, trataba de profundizar en la fe que profesaba. Segundo, porque, a medida que maduraba, iba viendo que la práctica y la doctrina que se me proponían no sólo no conducían a donde pretendían sino que, además, atascaban en una especie de callejón sin salida en el que lo único que parecía crecer era el propio proceso de sedación y de atrofia. Y, tercero, porque, cuando uno trata de profundizar y de buscar salidas que lo orienten de veras hacia Dios, no halla en ella más que obstáculos, pues no otra cosa son las directrices y respuestas de una jerarquía que debería ser llamada y es, en cambio, mera autoridad que exige obediencia, docilidad y acallar cualquier atisbo de pensamiento propio.

Total que, ante semejante panorama, uno suele terminar por acostumbrarse a convivir en esta incongruencia, sobre todo si nada lo acucia para ir adelante. Porque no es fácil desenredar la madeja; y tampoco es fácil afrontar el coste socio-eclesial de manifestar que uno sigue el propio criterio; y, además: «como no urge...». Porque todo sería diferente si urgiera; como ante la inminencia de una muerte anunciada. Así que, primero, se pospone la cosa por pasividad y atavismo; después, uno se acostumbra a vivir así y, si con el tiempo descubre que está atrapado, en medio de la incongruencia y del adormilamiento generalizados, entonces se empeña en ignorar dicho estado cuando no en justificarlo e incluso en transmitirlo.

Hasta que la cosa llega a hacerse tan insoportable e ineludiblemente evidente que, incluso sin tener claro adónde dirigirse, ni con qué sustituir lo que está a punto de abandonar, uno acaba por asumir el precio de soledad y de rechazo que pagar, y se hace a la idea de ser, en adelante, el bicho raro de su entorno. Porque ya no se detiene uno, porque sabe por experiencia, por mínima que ésta sea, que vale más la más remota posibilidad de acercamiento, al Dios que él intuye y anhela desde la inseguridad de su consciencia, que la más segura seguridad que le asegura su pertenencia al grupo sonámbulo que está a punto de dejar.

Desconcierto, callejón sin salida y desescombro

En este estado interior andaba yo a los cuarenta y seis años, casado y con cuatro hijos en plena adolescencia, cuando, en enero de 1993, la enfermedad me dio su primer zarpazo, que fue especialmente duro por inesperado. Fue una embolia fulminante que me dejó averiado del lado izquierdo, con lengua de trapo y con la inseguridad del que, de repente, se descubre subido al cerebro imprevisible de un extraño que lo deja tirado en la cuneta cuando menos se lo espera. Esto me llevó a replantearme muchas cosas. No fue una visión, pero sí que empecé a caerme del caballo.

Para acabarlo de arreglar, seis meses después, en el preoperatorio para hacerme un by-pass en una arteria renal, con objeto de evitar nuevas embolias, me detectaron, de forma casual, un cáncer de pulmón, a raíz del cual, un mes después y tras operarme sin éxito, me vaticinaron de tres a seis meses de vida. Entonces sí que se me acabó de caer todo el tinglado religioso. Con la muerte pisándome los talones, descubrí que una religión meramente obedecida (tal como ella me había inducido a hacer mediante la sacralización de sus ritos y la dogmatización e infalibilización de su doctrina) todo lo más que había conseguido de mí era que, como antes he dicho, estuviese yo como anestesiado y como atrapado en el atrofiadero de tantos eternos adolescentes religiosos que se limitan a sentarse a esperar madurar leeeentamente a no ser que los acontecimientos los despierten. ¡Qué más quisiera yo que estar equivocado al respecto! Pero así era como veía la situación, no sólo mía sino de muchos, y así es como la sigo viendo ahora, cuando recuerdo mi vida antes de los zarpazos de la enfermedad; situación que incluía, en mi caso, veinticinco años de participar en distintos «movimientos» en los que el adormilamiento descrito era congénito; y de los que, por preguntón, siempre acababa siendo sutilmente invitado a marchar; pero de los que yo me iba sin haber cambiado mi propio esquema mental de dentro.

La inminencia de la muerte (máximo acontecimiento individualizante) aclara las dudas y emplaza a las decisiones necesarias. Aunque

sorprendido por la casi impertinente evidencia del diagnóstico, me vi forzado a reconocer lo gregario e inconsciente de muchos de mis comportamientos y creencias. Mi apremiante situación me reveló todo lo que antes había dejado de encarar de forma personal, escudado en una “fidelidad” a la enseñanza de la Iglesia que yo entendía según ésta la exigía. Me había conformado con entender la fidelidad como docilidad y como obediencia, y había consentido en ello mediante el simple canje por seguridades, en el fondo sucedáneas. Esta amalgama de seguridad y de fidelidad infantilmente entendidas, en las que lo personal parece contrario a la fe (entendida ésta como creencia) y a la pertenencia a un grupo (al que parece que se traiciona), había terminado por generar en mí un miedo y una inseguridad que me retenían, como ya dije, en un callejón sin salida, pues ni alcanzaba la meta ni podía salir fuera a buscarla. De ahí mi atrofia, sedación y como esquizofrenia, como la de la mayoría de creyentes convencionales.

No me extenderé en esto. Si lo menciono no es por insistir en una crítica con frecuencia pegajosa porque puede atrapar después de cumplida su función aclaradora y liberadora, sino que es para que se entienda mejor el estado en que me hallaba, de desconcierto y de inseguridad, cuando, casi en vísperas de terminar mi vida, descubría que toda aquella religiosidad, vivida antes y muy en serio, era, sobre todo, una adhesión ideológica a una doctrina, que no servía para nada cuando se trata de vivirla fuera de su propio ámbito y que –más revelador aún– tampoco servía cuando se trata de ponerse realmente –ipero ya, sin tiempo para rectificaciones!– del otro lado de la vida y ante Dios; porque ésa era, por entonces, la forma tradicional de plantearme el encuentro final, tras la muerte. Puedo asegurar que, cuando ya no queda tiempo que perder –iporque te mueres!–, sí que se siente, con toda claridad, la inaplazable necesidad de aclarar las cosas. Téngase en cuenta, para entender mi situación, que, durante nueve meses de quimioterapia, había visto desaparecer, uno por uno, a todos mis compañeros de habitación en el hospital. Quince en total, si no recuerdo mal. No hacía falta ser muy listo para sentir la urgencia de soltar lastre y de aclarar las cosas.

La pregunta que resonaba en mi interior era: «Pues si todo esto no lleva a Dios sino sólo a un perenne estado de atasco o de momificación, entonces, ¿en qué he estado creyendo y como perdiendo el tiempo todos estos años?» Aun así, estaba tan atrapado en la sumisión a la ortodoxia que una de las cosas que hice en esos días fue pedir la Extremaunción. Fue una petición chocante porque, por una parte, mi fuerte pertenencia me llevaba a pedir el sacramento sinceramente, pero, simultáneamente, mi intuición de algo que iba más allá me llevaba a sentir dicha petición como extraña y artificial. Lo recibí, sí, creyendo estar convencido de lo que hacía. Pero lo que debía proporcionarme sosiego resultó inquietante, en realidad. No sé si sabré expresar hoy lo que sentí entonces, pues tampoco entonces supe analizarlo con claridad. Pero la cosa es que, por más pureza de intención que puse en el intento, no conseguí liberarme de una extraña sensación de contradicción: la de quien buscaba, intensa y honestamente, encontrarse con Dios en el que quizá iba a ser el último sacramento que recibía, pero que, pese al esfuerzo por interiorizarlo, no conseguía ir más allá del artificial formalismo religioso de pretenderlo. No conseguí llegar más allá de la bienintencionada expresión de adhesión ritual a una tradición, o, incluso, más allá del voluntarioso deseo de dar a los míos el testimonio de mi adhesión, hasta el final, a nuestra tradición religiosa; más por dejarles un buen recuerdo, si fallecía, que por lograr hallar algo en el sacramento. Total, que no logré quitarme la sensación de estar escenificando algo artificial. Cuanto más analizaba el simbolismo para asimilarlo, más a hueco y artificial me sonaba.

De qué calibre no sería mi desconcierto de entonces, que aún recuerdo la sensación de ridículo que sentía cuando, con mi mentalidad de entonces, me imaginaba estar ya del otro lado e intentar razonar y justificarme ante Dios: «Es que me dijeron que eran tus representantes; que hablaban en tu nombre y que tú les habías dado infalibilidad para adoctrinarnos de aquella forma. Por eso los obedecí. Sí, sí; ya he visto que, de este modo, me he desarrollado más bien poco espiritualmente; pero es que decían que esto sólo se logra a base

de obediencia, sacramentos y oraciones vocales; y, ahora que veo que la cosa no funciona, ya es demasiado tarde». Entonces me desprendí del noventa por ciento de mi bagaje y me quedé sin casi nada, sólo con mi enfermedad y con mi «intuición de Dios». En adelante, sería yo, a solas con Dios, quien viviría el final. Hoy creo que mi sensación era, pese a todo, que podía ser que estuviera en la buena dirección; sobre todo, por el desinterés de mi búsqueda; pues sólo trataba de encontrar algo de luz en aquel callejón oscuro; y la encontré, pero sólo a partir de centrarme en mí mismo, en mi intuición de Dios y en su llamada interior. Sin embargo, lo seguí pasando mal durante años pues, aun ya tomada la decisión, las dudas no cesaron de atormentarme. Pervivía en mí –hoy lo entiendo así– el peso de la indecisión y de la atrofia propias de la obediencia que, en el fondo, era sumisión, de tantos años. ¡Lástima que no comprendiera entonces que empezaba a asomarme al mismo «exilio» interior que Jesús conoció, en su tiempo, respecto de la religión de su pueblo; religión de la que procedía y de la que aún se alimentaba, en cierto modo! ¡Qué paz y afianzamiento habría experimentado entonces y cuántos padecimientos me habría evitado!

Remontada tras las primeras enfermedades

Como no deseo extenderme en detalles truculentos, diré, simplemente, que, contra todo pronóstico y tras dos operaciones y un duro y larguísimo proceso de radio y quimioterapia, salí adelante. Flojuchito y encanijado, pero salí. Y eso sí, claro: con una empanada religioso-espíritu-mental de cuidado. Pero había empezado a cambiar en medio de aquella empanada pues, aunque caminaba a tuestas, presentía que, al confiar en mi «intuición» acerca de Dios, avanzaba hacia la salida.

Lo primero que hice al salir del hospital fue buscar en el mar. No sé si navegar me ayudó mucho en lo espiritual –que creo que sí– pero, en lo psicológico, sí que me sirvió, sí. Navegar era una saludable terapia mental para que la sensación de no retorno, a la que la discre-

pancia religiosa me llevaba, no me paralizara. Buscando alcanzar e incluso rebasar, en el mar, el límite de mis posibilidades físicas y psíquicas, hallaba un desfogue, una sensación tal de estar trascendiendo lo imposible que, de no haberla aplacado en el mar, quizás hubiera surgido en mí un resentido anticlericalismo, que me habría abocado, luego, a un agnosticismo o a un ateísmo, o vaya usted a saber a qué otro -ismo. La loca galopada a lomos de Nowanda (pues así había bautizado a mi barco, como grito de guerra de quien, sin medios para nada, se atreve a todo) acababa siempre en una espontánea acción de gracias a Dios a través de la inmensidad del sol, las olas y el viento. Aunque no hallara respuestas ni encontrara explicaciones, alcanzaba, en aquel loco desafío, una sensación tal de plenitud y de salir fuera de mí mismo; de sentir que, al rozar lo imposible, acariciaba cosas del otro lado, que aquello tenía algo de intuición tangible y de inexplicable comunión.

Por entonces yo aún no lo veía claro; sólo eran intuiciones; pero, años después, la lectura de Légaut me aclaró que la situación de dudas en la que, en cierto modo, aún me encontraba era el proceso de decidir entre «dos opciones», tal como él las plantea en el capítulo sexto de *El hombre en busca de su humanidad*; proceso que pasa a través de una «delicada emancipación», para llegar a una «vigorosa independencia», como luego explicaré. Pero aún debían pasar algunos años; durante los cuales, algo interior me decía, respecto de lo antiguo: «no puede ser; esto no puede ser», mientras que, simultáneamente, otra intuición me decía: «Sigue buscando dentro de ti; por ahí; por ahí; busca por ahí».

Recaída

Después vinieron dos o tres años de relativa calma, en los que me fui serenando y aprendiendo a volver a la vida, aunque seguía insatisfecho porque, si bien había decidido avanzar aunque sólo fuera a tientas, no acababa de hallar el camino. En éstas, cuando por fin creía estar recuperándome, empezó otra loca carrera de enfermedades. En

sólo un mes, tuve cerca de treinta embolias. Durante lapsos de una hora, o perdía parcialmente la vista o veía doble o se me paralizaba alternativamente un lado u otro del cuerpo, o perdía el habla. Total, que me dijeron que tenía una estenosis crítica en una arteria de la cabeza; tan crítica que no me permitían ni moverme, por miedo a que se rompiera.

No sé cómo contarle sin que resulte excesivo pero el caso es que, un martes, el médico vino a mi cama en el hospital, para decirme que la única posibilidad de sobrevivir era insertarme urgentemente un stent (una especie de muelle) dentro de la arteria, para que, al dilatarla, volviera a fluir la sangre por ella, antes de que se rompiera. El problema era que implicaba dejar el cerebro sin riego durante treinta minutos (!), lo que implicaba correr el riesgo de poder quedarme, «pa los restos», tan vegetal como una vulgar lechuga. Por eso nos aconsejó intentar contactar con el único especialista europeo que lo había hecho con éxito alguna vez y que, de manera itinerante, operaba los miércoles, y estábamos a martes (!), en otro hospital de cerca de Barcelona, donde, con otra técnica, tardaba sólo dos o tres minutos. ¡Considerable diferencia si uno aspira a ser algo más que una alcachofa! El caso es que, providencialmente (cuestión ésta que merecería análisis a parte), contactamos con él aquella misma tarde. Recibió a mi mujer la mañana siguiente, miércoles, y canceló la agenda del día en su presencia pues decidió operarme a las dos de la tarde. Y sobreviví, aunque con secuelas porque padecía frecuentes amnesias o ausencias transitorias, que me obligaron a dejar de trabajar. Con lo que, sin salud, sin «Dios» y sin trabajo ni estabilidad económica, todo, tanto lo material como lo espiritual, se tambaleaba.

Pero seguí buscando, dentro y fuera, y, alguna vez –sin que me viera nadie, pues me lo habían prohibido–, seguí saliendo al mar y no sé si allí hallé respuestas –que un poco, sí– pero navegar me ayudó a recuperar cierta estabilidad interior. Después, en lo laboral tuve suerte pues me reconocieron una incapacidad absoluta, con lo que se resolvió en parte la inseguridad económica. Sin lujos, pero resuelta. Y, además, cuando aflojó el estrés de salud y de economía, también

las amnesias se fueron distanciando y la situación, normalizando. Y un día, con el viento por la aleta y el spi desplegado, volé feliz mientras trasladaba a Nowanda de Cambrils a Tarragona, pues allí el coste del amarre era más barato, y eso me permitiría conservar el barco en mi nueva y ajustada situación. Y me dediqué a adaptarme y a disfrutar de mi nueva forma de vida.



Nueva recaída

Pero duró poco la calma pues, a la primavera siguiente, cuando mejor me encontraba, me detectaron –¿cómo no?– un nuevo cáncer. Esta vez, de colon. Y lo volvimos a pasar mal. Pero, con mis experiencias anteriores, si algo tenía claro era que no estaba dispuesto a volver a presufrir, sufrir y postsufrir, es decir, a temer, primero, un desenlace fatal, que quizá luego no llegaría (y si llegaba, mejor no amargarse el poco tiempo que quedaba), y después (si es que había un después), a volver a sufrir al recordar lo mal que lo habíamos pasado por anticipar un desenlace que luego no había llegado. Bastante había con sufrir sólo lo que de verdad nos iba a tocar pasar. Y digo «nos» porque, a estas alturas, cualquiera puede imaginar lo que mi salud ave-

riada ha hecho pasar, durante estos dieciocho años, a mi mujer y a mis hijos, que son los que me han ayudado a superarlo y a resucitar después. Mi mujer sacándonos adelante a mí y a la familia; y mis cuatro hijos, en plena adolescencia, ayudándola a conseguirlo, a costa, a veces, de duras consecuencias psicológicas por verse tan reiteradamente asediados por mis continuas enfermedades. No sé, fuera de quererles, cómo podría corresponder, algún día, a sus desvelos.

Hice quimio y radio otra vez, y me operaron en septiembre para extirparme el recto; y fue duro. Me dejaron un ano artificial, con una bolsa adhesiva; y así, durante un año, hice vida bastante normal. ¡Hasta llegué incluso a perder la bolsa un día en la piscina municipal! El caso es que seguí yendo al mar para curarme la parte psicológica, maltrecha tras cada operación, y para seguir con mi búsqueda, sin hallar respuesta ni sentido al por qué de mi supervivencia tras tanta situación crítica. La prolongada soledad, del desierto espiritual que estaba atravesando, no era fácil. Además, frente al consuelo de la gente que se vuelca y que hace que te sientas querido, alguna gente, conocida en los movimientos a los que había pertenecido, se alejó y me excluyó al ver que mi pensamiento era distinto al de antes.

Más problemas de salud y nuevos pasos en el interior

Al cabo de un año me quitaron la bolsa y, aunque en principio la cosa fue bien, diez días después de operarme, me puse repentinamente mal y tuvieron que volver a intervenir pues se produjo una oclusión que me llevó casi al fallo multiorgánico y, de nuevo, después, a otro largo período postoperatorio; más, luego, el período de recuperar la actividad del intestino; algo especialmente complicado para la convivencia, pues vivía en una continua e imprevisible sorpresa (entiéndase diarrea) que me hacía inhibirme de muchas cosas y recluirme en casa o tener que prever siempre, en cada salida, la proximidad de un lavabo (ilimpio, por favor!). ¿Cómo avanzar por la más honda reflexión espiritual de mi vida cuando la principal preocupación (las veinticuatro horas del día de todos los días) era la

incontinencia intestinal? Pido disculpas por lo escatológico del tema, pero ésta era mi realidad cotidiana. Sin embargo, al barco sí que seguí yendo, aunque sólo fuera para gritarle a las olas y al viento, ¡¡¡que pensaba recuperarme otra veeeeeeeeeez!!!! En fin, hoy, casi seis años después, aún colea el problema digestivo, aunque afortunadamente muy disminuido, de modo que tengo, al menos a rachas, bastante calidad de vida.

Pero me he adelantado en el tiempo porque, para remate, durante la primavera siguiente, me tuvieron que operar del corazón y hacerme un by-pass de coronarias que de nuevo me dejó débil y encanijado. Pocos días antes de la intervención, alguien me volvió a sugerir que escribiera una recopilación de mis peripecias hospitalarias, con la intención de hacer un librito que sirviera a otras personas. Y no sé por qué pero aquella vez sí que hice caso a quien me lo sugirió y, días antes de ingresar, comencé a escribir. Titulé el libro: *¡Que nos quiten lo bailao!* y, mira tú por dónde, sin ser consciente de ello, cuando lo terminé, vi que contenía tres o cuatro páginas que eran el germen de la reflexión que, dos años después, titularía *Viaje de lo religioso a lo espiritual*, y que es lo que ahora sintetizo en este escrito.

Lo curioso es que, tal como hace poco me ha hecho recapacitar un amigo, por entonces ya no me preocupaba, al menos en el plano de lo espiritual, la posibilidad de fallecer en el quirófano. Algo había cambiado de manera imperceptible y ya no temía, como antes, el gran encuentro al otro lado de la vida; y, ahora que lo analizo, creo que la razón es que, aun sin ser por entonces capaz de expresarlo de manera afinada, algo, durante aquel largo proceso de enfermedades y reflexiones, había modificado la idea de este encuentro, que ya no era ideológica y artificialmente imaginativo sino espiritual y personal, de una esencia imprecisable, y que conectaba, de forma cada vez más natural, la vida presente y la otra, emparentándolas como distintos aspectos de una misma vida en la que mi humanidad era en presencia de Dios. Por fin, para morir en paz, bastaba con ser honesto conmigo y con él. Quizá esto fuera –lo pienso ahora que buceo en el recuerdo de mis impresiones de entonces– como la primera piedra de

la fe que Légaut sabe describir tan bien: fe en sí mismo y fe en Dios, las dos caras de una misma moneda.

De nuevo, mi válvula de escape

El resultado de la intervención quirúrgica fue desconcertante. Antes de ella, tenía frecuentes anginas de pecho pero mi estado entre angina y angina era bueno. Por eso me sorprendió salir del hospital en un inesperado estado de extrema debilidad. La explicación era que el by-pass se había hecho con una arteria algo más estrecha que la que iba a ser by-paseada (imenudo palabro!); arteria que con el tiempo acabaría dilatándose y permitiría el paso del flujo sanguíneo necesario; pero, mientras tanto, tocaba pasar otra larga etapa de adaptación, y resignarse a ser por un tiempo un hombre siempre extenuado, como un anciano prematuro.

Aun así, veinte días después de salir del hospital, y pese a las recomendaciones de reposo, yo ya no podía más anímicamente; harto de ser el eterno enfermo en que me había convertido, necesitaba hacer algo que me devolviera la sensación de que volvía a ser yo quien controlaba mi vida. Era a finales de julio y, en pocos días, nos iríamos de vacaciones tierra adentro, así que o lo hacía ya o no podría hasta septiembre. El día era muy bueno, con un sol radiante y una ligera brisita que invitaba al optimismo. Me fui al barco y ensayé mentalmente todas las maniobras que tendría que hacer para salir a navegar. Comprobé, también de forma práctica, que nada me producía dolor ni sensación alguna que pareciera prudente evitar. Y decidí intentarlo. Arranqué el motor, solté amarras, fui saliendo al canal principal y, al rebasar la bocana del puerto, me puse proa al viento e icé suavemente la vela mayor. Tiré después del cabo del enrollador y el génova se desplegó sin dificultad. Apagué el motor, caí un poco a babor y, al prender el viento en las velas, el barco arrancó silencioso. Respiré hondo, puse rumbo al horizonte y me llené de mar, de sol y de vida, y, aun a sabiendas de la larga recuperación que tenía por delante, seguí navegando mar adentro

durante dos horas, hasta casi perder de vista la costa, y luego regresé, lleno de luz y de vida.

Reflexión sobre este período y hallazgos que me ayudaron

Un año después, el día en que cumplí sesenta, me organizaron una fiesta “sorpresa” y regalé a los invitados una edición casera de mi primer libro. Cincuenta ejemplares. Esto me obligó a darlo por terminado y a separar de él aquellas tres o cuatro páginas de reflexión religiosa que antes he mencionado; sobre las que no podía parar de pensar y que decidí continuar aparte y ya por libre. Hace tres años de esto. Al principio, como por puro azar, una amiga, en una situación anímica parecida, me regaló un libro de Andrés Torres Queiruga, *Recuperar la creación*, ¡que ella sólo había hojeado! y que yo empecé a leer a regañadientes, lleno de alergias y prejuicios. Pese a ello, el libro logró captar mi atención, me ayudó a desprenderme de algunos prejuicios y a abrirme a nuevas formas de enfocar algunas cuestiones. Visto lo cual, busqué y leí más libros suyos (*Recuperar la salvación*, *Fin del cristianismo premoderno*) y varios artículos.

Con esto, empecé a desatascarme y el milagro empezó a producirse. Aquella reflexión nocturna, que se remansaba tras largas horas de impedimento intestinal para dormir, y que escribía ya de amanecida, cuando mi mujer se marchaba al trabajo, empezó a dar sus frutos y a avanzar. La titulé *Reflexiones al amanecer en puertatierra*, en donde «puertatierra» –como en Cádiz– venía a nombrar un lugar entre dos aguas, entre la vida y la muerte, en el que había vivido. Tan esperanzado estaba de empezar a salir de mi largo atasco de casi catorce años que, cuando llevaba treinta folios escritos, quise buscar confirmación del camino que iba recorriendo y contacté con Torres Queiruga a quien tuve la osadía de pedir que tuviera la paciencia de leer mis folios y darme su parecer; cosa que hizo amabilísimo y sin escatimar críticas, lo que le agradecí enormemente.

Sin embargo, la lectura de Queiruga no fue la única. Aquel verano fue extraordinario porque, a través de un buen amigo del Burgo de

Osma, Agustín del Pino, descubrí a Marcel Légaut. Habíamos quedado para charlar «del tema», pues le había pasado mis dichosos treinta folios. Su respuesta fue generosa: «No puedo estar más de acuerdo contigo en lo que expones. Sigue. Sigue buscando en esta dirección y encontrarás lo que buscas». Y, a cambio, me dio unas fotocopias de Légaut, que más tarde comentaríamos, y, además, la dirección de la web de la Asociación. Entré en contacto con ellos y empecé a leer los libros. Ahí empezó una verdadera revolución pues Légaut no sólo confirmaba –iy de qué modo!– mis intuiciones sino que iluminaba y abría nuevas e inagotables vías y perspectivas para todos mis interrogantes. Devoré todo lo suyo que caía en mis manos y, aunque me hice con todos sus libros y con los Cuadernos, si lo pienso bien, todo me parecía tan enriquecedor que, en mi afán por no perderme nada, en realidad, lo que hacía era leer, releer y rumiar, una y otra vez, las mismas cosas; por lo que aún me falta mucho por leer, comprender y reflexionar.

Mis primeras impresiones sobre Légaut son indescriptibles pues, además de la hondura y perspectivas que me daba, su descubrimiento iba unido a un sentimiento profundo de alegría y de satisfacción, como de quien regresa a casa por fin, tras una larga ausencia y, además de verse reconocido y recibido con los brazos abiertos, se encuentra ante una prometedora serie de nuevos descubrimientos en los que los anhelos y penalidades del camino van a alcanzar su recompensa. Tal fue la tranquilidad y seguridad interior que me dio ver confirmadas y lúcidamente iluminadas por Légaut las etapas y los cambios de mi camino de aquellos años en los que la inseguridad tanto me había inquietado, a diferencia de ahora, en que la permanencia serena en la «maravillosa inseguridad» de la fe es garantía de calidad. Con esta última expresión, me refiero a uno de los cuatro sintagmas que un amigo ha extraído de los libros de Légaut porque resumen, según él, las etapas y cambios de una conversión espiritual como la que vivió Jesús respecto de Israel, y como la que, a mi modo, siento que estoy viviendo yo respecto del cristianismo.

Primero hay que pasar por una «delicada emancipación» que, para mí, ha consistido en liberarme de una religiosidad rígida y ana-

crónica pero de la que, sin embargo, tanto me costaba desprenderme, no porque me encontrara cómodo en ella, sino por temor a la dicha sensación de no retorno, que ahora, como he indicado, ya no tengo. Lo segundo es una «paulatina sustitución» de «la creencia espontánea y segura sobre Dios por una intuición reflexionada pero siempre tanteante acerca de Él»; para llegar poco a poco a una «vigorosa independencia», donde uno deja de lamentarse y de pelear en su interior con todo aquello de lo que discrepa, y trata de centrarse en empezar a ser lo que debe llegar a ser (iiiuff!!!), para llegar así a un nuevo comienzo, ya sin fin, que es descubrir que el estado natural de un hombre incipientemente de fe es vivir en «la maravillosa inseguridad» de dicha fe, lo cual, en mi estado de entonces, consistió en adentrarme, sin condiciones, en la depuración de mi interior y en habitar serenamente aquella nueva y felizmente insegura tierra donde la certeza de una acción dentro de mí que siendo mía no era sólo mía me llamaba a continuar la búsqueda (!).

Por fin, descubro América

Después vinieron otros grandes descubrimientos y otras grandes caídas del guindo. Uno, importantísimo, fue comprender que nunca había dejado de ser iglesia, pues ésta existe, con una vitalidad poco visible pero intensa, como «iglesia de la diáspora» o de los «cristianos en exilio», donde uno puede estar en comunión con lo esencial sin estar en sumisión y sin que discrepar de lo convencional lo convierta en un proscrito sino, más bien, en un explorador que acaba descubriendo alguna nueva vía o el modo acertado de recorrer una antigua. De este modo, el sentido de estar en tradición que tengo hoy es mucho más rico que el de la pertenencia a la Iglesia que tenía antes; pues la idea de ésta como comunión también ha cambiado para mí.

(!) Sobre los cuatro sintagmas, ver las referencias en: Domingo Melero, «Ser hombre, ser cristiano. Tres cuestiones de estructura», *Cuaderno de la diáspora* 21, Madrid, AML, 2009, págs. 217-218.

Otro de los grandes descubrimientos en Légaut fue su forma de distinguir entre la fe y la creencia en unas creencias. Ahora entiendo que al centrarme en la profundización de mi «intuición de Dios», mi crisis no fue de fe sino de creencias; lo cual, además de abrirme a una forma, nueva para mí, de entender la fe, me reconciliaba con lo que siempre había fluido por debajo de lo vivido en el pasado.

Otro descubrimiento más en Légaut fue su propuesta de cómo proceder, de por dónde empezar. En palabras de Légaut, que voy aprendiendo a hacer mías, lo primero es profundizar en lo humano del hombre para, desde ahí, intentar avanzar y adentrarse en donde la propia humanidad linda con lo divino que Dios ha puesto en ella; avanzar y esperar, depurándose uno a sí mismo en el silencio, para ser el que uno mismo debe llegar a ser, según lo que Su Presencia suscita en él, de esa manera misteriosa y discreta de hacer que Él tiene. Por ella uno sabe que la extraordinaria lucidez que ocasionalmente brota en él, aun siendo de él, no es sólo suya sino que procede de más allá de lo más hondo de su esencia. Así es como descubrimos, además, otra cosa –la cuarta– que también está en Légaut y que es una relación no inversa sino directamente proporcional entre lo humano y lo divino; y que consiste en que cuanto más conscientes somos de lo que vivimos y somos, tanto más capaces somos de captar bien lo espiritual que debió de vivir Jesús junto con sus discípulos y, en sentido contrario, cuanto más ahondamos en lo que debió de vivir Jesús, sus discípulos y la tradición que de ahí surgió, tanto más capaces somos de descubrir lo que podemos llegar a vivir nosotros, conforme a la misión de cada cual.

Pero, como no voy a explicar yo esto mejor que Légaut, lo dejo aquí; y que quede lo dicho como muestra de mi intento de acoger y de expresar lo que los hallazgos de Légaut iluminan en mi búsqueda. Y en ello andamos. Con el paso de los meses, mi reflexión de treinta páginas ya es un tocho infumable de ciento noventa. Pero, ¡es igual!, porque su finalidad no es que otros los lean sino que el escribir sea una herramienta útil para mí, para ir dando yo por terminada la etapa de atasco y de resentimiento, y atraerme hacia un presente en el que

voy alcanzando lo más maduro y libre de mi esencia, de cara a estar lo más despierto posible ante el misterio.

Poco importa ya que el pasado mes de julio de 2010, me extirparan dos pequeños carcinomas de piel y me detectaran un nuevo cáncer, esta vez de tiroides, que me operaron en octubre. A pesar de ello, he seguido saliendo a navegar, pero ya sin la inquietud de ir a buscar en el mar lo que no hallaba en la religión pues, en mi nuevo estado, se asume, con natural inseguridad, que cuanto más se acerca uno al horizonte, tanto más crece éste y lo que queda por descubrir. Se aprende, por fin, a vivir en la «maravillosa inseguridad» de la fe casi desnuda, y se siente el anhelo de responder a su llamada «sin dinero en las alforjas, sin túnica de repuesto, sin sandalias y sin bastón». De regreso del adoctrinamiento, es tiempo de volver a Jesús de Nazaret, a lo vivido por él y a lo vivido con él por los discípulos. Para esto, también hallo inspiración y aliento en Légaut; para volver a leer los Evangelios y para atreverme a entrever en ellos lo que Jesús vivió, los estados interiores que debieron de vivir tanto él como sus discípulos, y crecer yo así, por contagio y con un proceso similar, salvando las distancias; algo que nunca antes había escuchado en el catolicismo convencional. Todo está por estrenar. Vuelvo a ser un ilusionado aprendiz en lo espiritual, que me resulta irresistiblemente atractivo ahora. Me viene a la memoria una canción de Jorge Drexler, cuya letra me lleva a confiar en la acción de aquellos que, sin ser necesariamente los más visibles, eligen ser discípulos del viviente inseguro que fue Jesús de Nazaret. A través de ellos, siempre es posible descubrir el paso de lo religioso a lo espiritual:

Clavo mi remo en el agua.
Llevo tu remo en el mío.
Creo que he visto una luz
al otro lado del río.

El día le irá pudiendo
poco a poco al frío.

Creo que he visto una luz
al otro lado del río.

Sobre todo creo que
no todo está perdido.
¡Tanta lágrima, tanta lágrima,
y yo soy un vaso vacío!

Oigo una voz que me llama, casi un suspiro.
Rema, rema, rema-a Rema, rema, rema-a...
Muy serio voy remando; muy adentro sonrío.
Creo que he visto una luz al otro lado del río.



(Continuará)